

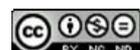
**Jimena Néspolo, *Tracción a sangre. Ensayos sobre lectura y escritura.*
Buenos Aires, Ediciones Katatay, 2014, 252 páginas.**

Tracción a sangre. Ensayos sobre lectura y escritura reúne dieciocho trabajos escritos a lo largo de los últimos diez años, los cuales compendian la labor crítica de Jimena Néspolo alrededor de un corpus de autores unidos por “los lazos amorosos, vitales, de hermandad y amistad, que atraviesan sus poéticas y que los unen a la tradición que los precede y a sus contemporáneos”. La escritura de *Tracción a sangre* exhibe una proliferación minuciosa y pormenorizada en sus referencias bibliográficas, teóricas y críticas, las cuales no sólo apelan a la solidez con que se sustentan sus exégesis sino, fundamentalmente, a la profusión de lecturas que nutren sus recorridos. El libro establece un eje que cohesiona los breves ensayos que le dan cuerpo a través de una pareja que marcha de la mano: el duelo y el deseo, binomio, indisoluble en ciertos pasajes, que tracciona la voluntad de indagar en los nombres y las obras indiscutibles de la tradición, la nacional/argentina, la que orquesta la mayor parte de los autores del corpus (Borges, Cortazar, Di Benedetto, Piglia, Lamborghini, Aira, Libertella, Cohen, Cucurto, Covadlo, Gorodischer, Briante, Bellessi, Pizarnik, Pron, Bruzzone, Kohan y Gamarro, entre otros), pero también la regional/latinoamericana, la cual aparece a través de los nombres de Neruda, Vallejo, Parra, Mistral, Vargas Llosa, Di Giorgio y Alcides Arguedas, por ejemplo; e incluso la tradición universal, la de George Orwell, Sándor Marai o Stevenson, y la del cine de Quentin Tarantino, Martin Scorsese o Lars Von Trier.

Duelo y deseo modulan así el pulso del libro bajo la clave del *polemos*, ese tono acuciante desplegado por Néspolo en sus ensayos, y a través del cual procura enfrentar tanto ciertas lecturas dadas como, a su vez, a las figuras consolidadas por esas propias lecturas canonizantes. El deseo se vuelve entonces no sólo pulsión por aprehender estos objetos deseados sino también pulsión por rebatir, por sacudir volviendo a batir (en duelo), las voces cristalizadas a su alrededor. Merito doble del ensayo de Jimena Néspolo, el de no omitir este tono polémico-erótico que debe encauzar la lectura de una crítica sin edulcorantes, y el de asumir este tono (“arriesguemos” reza uno de los verbos introductorios que más abundan en el ensayo) sin caer en la mera provocación insignificante.

El libro, tal como hace explícito su subtítulo, se ofrece como una indagación crítica no sólo de los procesos de escritura sino también, y especialmente dando crédito al orden que ocupa cada una en su titulación, a la(s) lectura(s). Las lecturas posibles que habilitan los textos abordados por la mirada lúcida de Jimena Néspolo, las lecturas deseadas y propuestas por los lectores modélicos que construyen estas propias textualidades, y también las lecturas (con las cuales dialogan, polemizan y a las que muchas veces rebaten los propios ensayos del libro), asentadas por la crítica e institucionalizadas por la maquinaria y el aparato que rodean al objeto literario. *Tracción a sangre* recorre también, y por medio de esta cadena de lecturas, los avatares biográficos de su objeto para así poder aprehender, a través de los vericuetos de la Historia, nuevas claves de lecturas: de la crítica (en sus deseos de componer y recomponer jerarquías y cánones); de otros escritores en cuyas lecturas se develan filiaciones ocultas, reconocimientos premeditados y tramas productivas; y de nuevos horizontes exegéticos para las obras abordadas.

Tracción a sangre configura, de este modo, un verdadero “tratado sobre el deseo”, como apunta la autora a propósito de la escritura de Antonio Di Benedetto, figura recurrente del deseo crítico-literario de Jimena Néspolo, tanto en su ensayo de 2004, *Ejercicios de pudor. Sujeto y escritura*



en la narrativa de Antonio di Benedetto, como en este libro en el cual le dedica al escritor mendocino uno de los capítulos de los “Elogios” que componen la primera sección del libro. Este deseo/pulso atraviesa la prosa del libro y aflora en sus títulos, desde el principal que nombra la “tracción sanguínea” que impulsa la voluntad crítica del ensayo como un torrente que se revela en la “Sangre”, título del segundo de los tres apartados en que se divide el libro, y finalmente en los “Movimientos” con los que se titula la tercera y última sección que cierra así este recorrido por la obra de figuras emblemáticas de la tradición pero también por la de otras menos transitadas como las de Marisa do Brito Barrote, María Angélica Bosco o Jerónimo Podestá, por citar sólo algunos nombres.

Los “Elogios” que abren el ensayo transitan lecturas que recorren, por ejemplo, los avatares historiográficos de obras documentales como *Homenaje a Cataluña* de George Orwell, a partir de la cual se revelan las tensiones que atraviesan la escritura orwelliana respecto a los géneros escriturarios, por caso, la zona porosa entre el documento y la ficción literaria. Otro recorrido es el que trazan las relaciones “impertinentes” que acercan (desestabilizando, a su vez, las jerarquías asumidas) a figuras emblemáticas de la literatura argentina como las de Julio Cortázar y Antonio Di Benedetto, partiendo de los cruces, roces y proximidades veladas que novelas como *Rayuela* y *El pentágono* exponen, junto con la suerte dispar que ambas corrieron dentro de los cánones orquestados por la crítica.

El segundo apartado, “Sangres”, encuentra en la obra de Marcelo Cohen una clave de lectura para la narrativa argentina del presente, en la obra íntegra del autor, no porque en un afán enciclopedista se recabe la totalidad de la prolífica obra de Cohen, sino porque el ensayo se detiene tanto en sus relatos y novelas como en su escritura crítica y polemista. Haciéndose eco de la formulación de Cohen sobre los estados de la prosa argentina en tanto prosa de Estado, el ensayo recorre la cartografía de este paisaje literario contemporáneo que con tono polémico Cohen clasifica a través de las categorías de infraliteratura, hiperliteratura y paraliteratura. Del Cohen polemista y cartógrafo Jimena Néspolo pasa a indagar en el Cohen autor de una prosa atravesada por la voluntad de construir un universo ficcional propio por medio de la saga de sus relatos y por la omnipresencia de la música dentro de este universo ficcional, notación musical que funcionará, a su vez, como clave de lectura de su propio programa literario. El tono polémico de Cohen resurge en un ensayo que se ocupa de la obra de Washington Cucurto y, especialmente, del fenómeno que la temprana y favorable recepción de la misma gestó alrededor de esta, siguiendo ahora categorías de Beatriz Sarlo, “literatura etnográfica”. Jimena Néspolo reflexiona sobre las categorías montadas por la crítica para dar cuenta de estas nuevas inflexiones de la literatura argentina, y sobre todo, de cómo una obra de “corte fascistoide y cualunquista” como la de Cucurto, por ejemplo, no sólo llegó a ser considerada “progre”, sino especialmente, cómo es que su “infraliteraturidad” se mostró susceptible de ser canonizada en un gesto que exuda tanto de celeridad como de liviandad. La literatura argentina, sobre todo la contemporánea, ocupa un lugar privilegiado en *Tracción a sangre*. La proximidad (temporal, espacial, personal) de los nombres y obras de las generaciones recientes, junto con la proliferación de textos, metatextos, paratextos, etc. que posibilita y promueve la eclosión massmediática actual, vuelven a este objeto una tentación y un problema. Jimena Néspolo no le escapa al asunto y se ocupa en varios de sus ensayos de los autores representativos del escenario literario argentino de las últimas décadas, como en su ensayo “Acerca de la mierda y el ojo del culo argentino” donde aborda siete novelas de la última década, estableciendo entre ellas vínculos que van desde lo genérico, por ejemplo, la indagación en torno a la novela erótica como forma en *La bella y la bestia* de Lázaro Covadlo y *Querido amigo* Angélica Gorodischer, en las cuales, por un lado, la remake porno-erótica de un clásico infantil, y por el otro, la transición desde el género epistolar hacia la utopía erótica, revelan la productividad del erotismo en esta ficción contemporánea; y por otra parte, abordando novelas de Pron, Bruzzone, Kohan y Gamberro, como parte de una constelación narrativa que revela un entramado de vínculos escatológicos y fijaciones anales capaces de esbozar los contornos de una generación literaria.

Los ensayos que cierran este segundo apartado “Escorzos sobre terrorismo e imagen” y “Autómatas y automatismos literarios”, resultan ensayos modélicos, para utilizar un término desperdigado por el libro, en su sentido de “escorzos”, miradas parciales, ladeadas, incompletas, indagaciones que apelan a los fogonazos de los vínculos sutilmente revelados, por ejemplo, entre las obras de Borges, Gombrowicz y Mathias Énard, con la filmografía de Quentin Tarantino y la ensayística de Alan Pauls y Nicolás Heft o la filosofía averroísta; una suerte de bolsa de gatos que, de

pronto, bajo la lectura sutil y atenta que expone el libro, se ilumina bajo la figura del terrorismo como atentado continuo que conjuga la hilaridad, el pudor y la imaginación bajo la égida del Terror.

El libro se cierra con la sección “Movimientos”, que se abre con un capítulo dedicado a las “travesías poéticas americanas”, esas que a partir de la poética baudelaireana aúnan viaje y poesía en itinerarios, cartografías y paisajes de la subjetividad moderna. En este ensayo flota la figura encandilante de Neruda, de sus lectores modélicos y de una poética que prefigura un viaje espacial y temporal por la historia y la topografía americanas, y luego la travesía arriba hasta César Vallejo y esa obra insigne de la poesía latinoamericana que constituye *Trilce*, poemario que Jimena Néspolo lee, siguiendo esta clave itinerante, como un relato de viaje alrededor del sujeto y sus extenuantes sujeciones. Es, precisamente, a partir de la mirada aguda y filosa del peruano que la primera poesía de Jorge Luis Borges adopta aquí el visado de un viajero turista merced a sus “acriollamientos de laboratorio”, tan distintos de la poesía de Gabriela Mistral, por ejemplo, cuya errancia incesante se transmuta en una poética que revela tanto de visión panorámica como de panamericanismo.

Por último, el ensayo “Escribir el Pachakuti”, donde este “advenimiento de la tierra” profetizado por la cosmovisión andina da pie a cuatro tesis, así enunciadas, sobre la obra del boliviano Alcides Arguedas. La primera de ellas sostiene que los “textos están atravesados por tendencias antagónicas”, lo que surge en la obra de Arguedas de la tensión entre la densidad simbólica y la polifonía que despliegan novelas como *Raza de bronce* y el positivismo biologicista y racista que domina la ideología desplegada por el autor boliviano en su novela *Pueblo enfermo*. La segunda tesis afirma que “lo que excede, constituye”, e indaga, entonces, en la *moda* como instancia que permite abordar el punto en que se intersectan extremos opuestos como las expresiones premodernas y el posindustrialismo contemporáneo, una tensión que atraviesa la moda de las cholitas bolivianas, cuya hiperbólica excedencia en el vestir promueve a la par la censura de Arguedas como el reconocimiento de que en esa supuesta frivolidad se juega algo más, algo capaz de constituir resistencias e identidades mestizas. La tercera tesis sostiene que “el tercero es el primero” para explicar así las significaciones (divergentes y antagónicas) que tracciona la elección del bronce como atributo del ser boliviano en la novela de Arguedas. El bronce y sus distintas significaciones históricas destellan en el imaginario forjado alrededor de la bolivianidad, especialmente alrededor del plutonismo que caracterizó la economía y la historia boliviana, ambas figuradas en la imagen del “rey del estaño”, Simón Patiño, uno de los políticos decisivos en la historia de la primera mitad del siglo XX boliviano, y una figura que condensa esa tensión constitutiva de lo boliviano que Jimena Néspolo revela en la obra de Arguedas a través de esa serie de antagonismos que atrapan a la identidad boliviana moderna en un juego permanente entre sus raíces indígenas y su legado colonial, entre la miseria y la explotación más cruentas, y la riqueza abismal de su geografía. Finalmente, la cuarta tesis señala que “la comunidad se hace de comensales”, y partiendo de las razones por las que los mitos del crisol de razas y la transculturación no cundieron en Bolivia, se procura explicar, a partir de las correcciones efectuadas por Arguedas en la escritura y reescritura de sus novelas, cómo la historia boliviana desarrolla una tensión irresoluta entre los extremos que la fundan, tensión signada por la elocuente imagen de la antropofagia, la cual a su vez, posibilita la doble lectura tanto de la resistencia insurrecta de la Bolivia indígena, como del imaginario salvaje erigido sobre la misma por la Bolivia blanca durante el proceso de modernización nacional. El único punto en que ambas instancias del binomio nacional parecieran poder cohabitar, es a la hora de la mesa, en medio de un escenario montado para la inexorable deglución de una por la otra.

Tracción a sangre se cierra así con esta imagen de la antropofagia que encierra esos dos pulsos que guían su escritura, por una lado, el duelo frente a los nombres y obras abordados, y frente al murmullo insoslayable de voces y lecturas que los mismos acarrearán, y por el otro, el deseo por absorber esta maraña polifónica para así hacerla hablar todavía más fuerte. La obra logra ampliamente lo que se proponía desde un principio, esto es, instaurar un diálogo punzante y polémico con el canon de lecturas establecidas alrededor de la tradición, la tradición del canon y sus voces instituidas e instituyentes, y a su vez, la tradición actual, la que a falta de una Historia que la asiente vibra candente al pulso voraginoso del presente y bajo el suelo incierto y transitorio de las polémicas cartografías contemporáneas. De aquí surge uno de los valores que considero más trascendentes de este libro de Jimena Néspolo, y es precisamente su capacidad de cuestionar tanto aquellas voces consolidadas bajo los muros de sus instituciones (la academia, el mercado, etc.) revitalizándolas en este gesto polémico;

como asimismo de poner en cuestión, es decir, poner en escena, las voces del presente asentando así nuevas bases para los itinerarios de una crítica por venir.

Alejo López